

Domingo 9 de diciembre de 2007 | Publicado en la Edición impresa

Calificación LA NACION: ★★ ★

Presentación de la trilogía sagrada *La infancia de Cristo*, de Hector Berlioz, organizada por La Bella Música, con la participación de la Orquesta sinfónica de la entidad, el Coro Lagun Onak (dirección: Miguel Angel Pesce) y el Coro Nacional de Niños (dirección: Vilma Gorini). Dirección general: Carlos Vieu. Cantantes solistas: Daniela Tabernig, Lucas Devebec-Mayer, Carlos Ullán, Leonardo Estévez, Oreste Chlopecki, Roman Modzelewski y Santiago Bürgi. Flautas: Claudio Barile y Stella Maris Marrello. Arpa: Lucrecia Jancsa. Organo: Armando Fernández Arroyo. En el Teatro Coliseo.

**Nuestra opinión: bueno**

La presentación de una obra de singulares características como la trilogía sagrada *La infancia de Cristo* Op. 25, de Hector Berlioz, realizada por primera vez en Buenos Aires con la participación de intérpretes argentinos en su totalidad, no deja de ser significativa por tratarse de una composición sinfónico coral alejada de las definiciones formales y de las concepciones grandilocuentes del genial músico francés.

Referida al hecho central de la cristiandad, cuya festividad se halla próxima, el acento está puesto en la inmediatez de la descripción dramática narrada junto con la emotiva intimidad de la acción evocada.

La posteridad ha querido ver en esta obra un cambio de estilo en Berlioz por cuanto su expresión se ha orientado hacia la dulzura, la candidez y la paz; pero él mismo rechazó este aserto justificándolo por la temática abordada. Sin embargo, al igual que en *La condenación de Fausto*, el músico francés transita por caminos diferentes desde el punto de vista armónico abriendo nuevos caminos a la posteridad inmediata. En esta obra, en particular, recalca en las fuentes medievales eclesiásticas, las cuales remiten a su vez a las tonalidades arcaicas del mundo antiguo.

Otro rasgo de originalidad es el empleo de compases irregulares en la "Danza de los adivinos", tal como surge de la interesante explicación que Mario Benzecry anota en el programa de mano, así como el trío para dos flautas y arpas, inusual interludio para un oratorio de esta naturaleza, que fue vertido de manera magistral por Claudio Barile y Stella Maris Marrello, en flautas, y Lucrecia Jancsa, en arpa.

El logro feliz de esta nueva presentación de *La infancia de Cristo* se debe, en gran medida, a la pulcritud de la batuta de Carlos Vieu, al cuidado de la sonoridad y al permanente equilibrio logrado, así como las respuestas que obtuvo de una orquesta de rápidos reflejos, hecho que se amalgamó armoniosamente en algunos momentos culminantes de la obra, con la participación del coro y las voces solistas, como aconteció en la tercera parte. La versión ofrecida, con la primera y segunda partes juntas al principio, resultó un tanto pálida en general, en cambio la tercera parte ("La Llegada a Saïs"), ofrecida al final, con la bienvenida de los ismaelitas a la Sagrada Familia fue digna de encomio por la viva dramatización surgida de las voces y un aumento del rendimiento general. Buen desempeño tuvo Carlos Ullán (narrador), como prólogo del relato que comprendería las formas dramáticas del diálogo y el aria, alternando con la intervención del coro. En destacable actuación Leonardo Estévez (Herodes) cantó su desolación ( *O misère des Rois! Regner et ne pas vivre* ) con buen timbre y convincente expresión.

Tanto la soprano Daniel Tabernig (María) cuanto Lucas Devebec-Mayer (José) exhibieron en sus partes buenas líneas de canto, siempre expresivos; reflejaron con verosimilitud las diversas inflexiones emocionales de sus personajes, particularmente en "La Llegada a Saïs" con los acuciantes ruegos y la conmovedora escena junto con el estupendo baritono Oreste Chlopecki (padre de familia).

Fue valiosa la participación del Coro Lagun Onak y particularmente efectiva la del Coro Nacional de Niños, dirigido por Vilma Gorini, cuyas intervenciones definieron inequívocamente el carácter espiritual y religioso del mensaje de Berlioz.

**Héctor Coda**

☆☆☆

FOTO



Pulcra, la batuta de Carlos Vieu tuvo su mérito frente a una orquesta de rápidos reflejos; en la tercera parte, además, se lucieron los solistas  
Foto: Soledad Aznarez